

Un asunto rural

Mercedes Rodrigo



Cortezuelo es un pueblo corriente donde nunca pasa nada, hasta que un día aparece asesinado uno de sus vecinos. El encargado de la investigación es Demetrio Delgado, un sargento de la Guardia Civil al borde de la jubilación y que no pasa por su mejor momento. Demetrio se enfrenta al crimen con recelo, ya que se trata de su pueblo y sus amigos. Un lugar y unas gentes que no conoce tan bien como creía. Atormentado por el pasado y enfermo, Demetrio irá descubriendo que el asesino se esconde entre los suyos y que la amenaza acecha en cualquier rincón. Nadie está a salvo. Ni su familia ni él mismo. Y el tiempo corre en su contra.

Esta novela recibió el XXV Premio de Novela Negra Ciudad de Getafe 2021 del Ayuntamiento de Getafe.

El Jurado de esta convocatoria estuvo presidido por Lorenzo Silva, y sus vocales fueron Gervasio Posadas (Director de Ámbito Cultural de El Corte Inglés), Marcelo Luján (escritor), Adolfo Gilaberte (escritor) y Esperanza Moreno (editora); y el secretario fue Miguel Ángel Martín Muñoz.

A mi familia

«Frente a la épica de los héroes o el fin de la
historia,
prefiero la poesía de los seres normales»

–Luis García Montero

1

Mediados de marzo

Domingo

Demetrio se agachó para ver mejor el cuerpo que los bomberos acababan de sacar de la fosa de purín. Lo reconoció y se le revolvió el estómago. Buscó un pañuelo en el bolsillo de la cazadora, sin suerte.

–¡Mierda!

–¿Se encuentra bien, sargento? –le preguntó la forense mientras hurgaba en su maletín.

Una arcada repentina le impidió contestar. Se apartó a unos matorrales cercanos y allí echó los dos cafés de la mañana con una mezcla de asco y vergüenza. Cuando se recuperó dijo:

–Perdone, mi teniente. Ha sido la impresión. Es Teo. ¡Joder!

Fran se entrometió como de costumbre:

–Es el dueño de la granja.

Su voz le llegaba apagada desde atrás. El chico se había tapado la boca con un pañuelo. Él era el único que no tenía cubiertas la nariz y la boca. La forense y los de la científica llevaban mascarillas y el cuerpo enfundado en esos monos blancos que les daban un aspecto de astronautas. Los compañeros de la comandancia también habían ido preparados. Solo él parecía fuera de lugar. Últimamente le pasaba bastante. Lanzó una mirada de adver-

tencia al bocazas de su subordinado y dijo con el tono más oficial que pudo conseguir:

–Teniente Ayala, le presento a mi ayudante, el cabo Francisco Ruiz.

–A sus órdenes.

El chico acertó a saludar según la ortodoxia sin dejar de mirar a la teniente con descaro. Un día lo empapelan por capullo, pensó él.

–Cabo, vaya a ver si ya han localizado a su señoría –ordenó Ayala–, tenemos que trasladar el cuerpo al depósito cuanto antes.

Iba a decir que era un domingo a la hora del vermú y que su señoría estaría a muchos kilómetros de ese condenado camino de tierra donde ahora se encontraban y ni se acordaría del cadáver de un granjero cualquiera, en un pueblo de mala muerte. Pero se quedó callado. No podía apartar los ojos del cuerpo joven de Teo. Lo conocía desde que llevaba pantalón corto y ahora le costaba identificar sus rasgos en el rostro deformado que tenía delante.

Entretanto Ayala se aplicaba a la tarea de recoger, con unas pinzas que sacó de su maletín, diferentes muestras, y a embolsarlas de una en una, para después escribir con una letra mínima unas pegatinas que iba colocando con esmero en la parte delantera de cada muestra. Cuando terminó, sacó una cámara y se puso a disparar fotos con la precisión de movimientos de una bailarina de *ballet*. Habían coincidido en un par de ocasiones, todas oficiales. De lejos le había parecido otra cosa. Su llegada había significado toda una revolución en el laboratorio de la comandancia. No solo porque era una mujer que dirigía un equipo íntegramente masculino, sino por el reguero de comentarios que habían provocado su porte, su elegancia y sus hechuras. Al verla de cerca, consideró que sus compañeros se habían quedado cortos. En su fuero interno se avergonzaba de la pobre imagen que estaba ofreciendo ante ella, tan profesional, tan dueña de la situación, mien-

tras que él hacía esfuerzos por mantenerse en pie. No era el primer cadáver que veía, pero sus treinta y cinco años de servicio no le habían preparado para aquello. La forense seguía a lo suyo, para ella sería solo un muerto más. Creía recordar que le habían comentado en la cena de Navidad que venía de la medicina civil; por lo visto era una cirujana respetada. ¿Por qué coño cambiaría alguien un quirófano impoluto por una fosa de purín? Mientras la observaba, dijo por decir algo:

–Espero que al juez no le importe que hayamos empezado sin él.

–Llevamos aquí tres horas, ya debería haber venido.

La respuesta le sonó seca. Él necesitaba un poco de conversación que le distrajera de la imagen de Teo tirado en el suelo y del apestoso olor, que apenas si le dejaba respirar.

–A pesar de estar sumergido en el purín, me atrevería a decir que murió la noche del viernes. Quizá cayó accidentalmente. ¿Qué profundidad diría que tiene la fosa?

–Unos cuatro metros, pero no creo...

–¿Y por qué no? Llegó de noche, dio una vuelta para atender a sus cerdos y, por la oscuridad o por lo que fuera, no calculó bien y se cayó. Entonces ya no pudo salir, bien porque se ahogó o porque inhaló gases tóxicos.

–Teo no se caería sin más.

–En ese depósito se produce ácido sulfhídrico que resulta letal en pequeñas cantidades. Ya se han dado algunos casos de muertes fortuitas. A veces los afectados ni siquiera lo perciben hasta que ya es demasiado tarde.

–Entonces, ¿cree que Teo se envenenó sin enterarse?

–Un desgraciado accidente, sí. Mire, ahí llegan.

Por el sendero subía a trompicones un joven con traje azul marino. Los últimos metros los hizo sin resuello, sudoroso y con los zapatos cubiertos de barro. Le seguían el brigada Castrillo y Fran.

—¡Vaya caminos! Y qué lejos está esto. Si no es por el capitán Castillo no llego.

—Solo brigada, señoría. Brigada Castrillo.

Castrillo era un tipo curtido, que nunca perdía la calma y en quien se podía confiar. Le pareció que miraba al pollo togado con la indulgencia del que le dobla a uno, por muy juez que sea, la edad y la experiencia. Tampoco se le escapó el tono zumbón, ni el énfasis al pronunciar la erre del apellido, pero su señoría ya les había dado la espalda para acercarse a Ayala.

—¡Madre mía qué peste! ¿Qué ha pasado aquí?

La teniente se enderezó. A su lado parecían pigmeos. ¿Cuánto mediría? Un metro ochenta, por lo menos. Le tendió una mascarilla al juez y le hizo una seña para que se acercara con ella a la fosa.

—Es el purín, que suelta gases muy tóxicos. Los bomberos han tenido que vaciar el depósito antes de poder sacar el cuerpo. Por lo visto, era el dueño de la granja.

—¿Ha sido un accidente?

—Es la hipótesis más probable, pero aún tengo que confirmarlo.

—¿La familia está avisada?

—No nos ha dado tiempo, llevamos toda la mañana liados —intervino Castrillo—. Pero puede usted confiar en el sargento Delgado, es el jefe del puesto aquí. Él se encargará de todo lo que usted mande, ¿verdad?

—Por supuesto, mi brigada. A sus órdenes, señor juez.

Saludó a sus superiores militares y civiles. De reojo observó cómo se le iba descomponiendo el rostro al representante de la ley: las mejillas le colgaban flojas y la barbilla le temblaba como la de un niño a punto de echarse a llorar. Pensó que se les iba a desmayar allí mismo si no abreviaban los trámites.

—Por mi parte está. Cuando terminen se lo llevan al depósito. Yo me encargo de las diligencias necesarias. Ahora

lo más importante son los familiares. –El juez se giró hacia él—. ¿El finado tenía mujer? ¿Padres?

–Una mujer y una hija. Sus padres murieron hace años.

–Vaya en seguida a buscarlas. ¿Las conoce?

–Sí.

–Mejor, así no será tan violento –dijo el juez y añadió ya sin mirar a nadie—: Manténganme informado.

Y sin más, inició el camino de vuelta otra vez escoltado por Castrillo, que de vez en cuando le sujetaba del antebrazo para evitar que tropezara. Se quedó un rato mirándolos y después hizo una seña a Fran. Descendieron por el lado contrario al de su señoría hasta la orilla del camino donde habían dejado el coche. Sacó un paquete de Ducados del bolsillo interior de la cazadora y se encendió uno. Pegó varias caladas en silencio mientras intentaba no pensar en Teo convertido en aquel bulto maloliente que los bomberos habían depositado como un fardo sobre la lona negra. Sintió un latido fuerte en la cabeza y un vacío en el estómago y se apoyó contra la puerta del conductor a terminarse el cigarrillo. Fran le señaló un punto detrás del cordón policial.

–Viene Julito, querrá enterarse de todo el primero.

El alcalde agitaba los brazos ante un pobre municipal. No soportaba a Julito, como le llamaban en el pueblo, a pesar de que tenía más de sesenta años, para distinguirlo de su padre, don Julio Montes, que también había ocupado el ayuntamiento de Cortezuelo durante toda su vida. Claro que no había confusión posible: Julito era un piernas que había vivido a la sombra de su progenitor. Pero eso a los vecinos de Cortezuelo les traía sin cuidado. Por lo visto, allí el cargo era vitalicio y pasaba de generación en generación dentro de la familia Montes. Tiró el cigarrillo sin acabarlo, se subió al coche y, con el motor encendido, le dijo a Fran:

–Me voy, no tengo estómago para lidiar con ese. Quítatelo de encima como puedas. Nos vemos en el cuartel

dentro de una hora.

–Pero ¿vas a ir solo a hablar con Lola?

–No me queda otra.

De vuelta al cuartel se encerró en su despacho. La habitación era húmeda y estaba fría, a pesar de la estufa de queroseno que había encendido nada más llegar. Se sentó y sacó un cigarrillo. La nicotina le templaba los nervios. Había vuelto de su visita a casa de Lola con las manos vacías. No había nadie y le resultó raro, porque su hija Inés cantaba en el coro de la iglesia y no faltaban un domingo a misa de doce. La niña tenía una voz preciosa y Teo y Lola se solían sentar en los primeros bancos para no perderse ni uno solo de los gorgoritos de su pequeña. Así que había insistido un par de veces más, aunque sin mucha convicción, cuando se dio cuenta de que las persianas de la casa estaban todas bajadas. La vecina le dijo que Lola y la niña se habían marchado el viernes por la mañana. Eso le dejó todavía más descolocado. Quizá había ido a visitar a su hermana. No se llevaban bien –las dos tenían un carácter difícil–, pero seguían manteniendo el contacto. Se preguntó dónde carajo habría puesto su libretita marrón. Allí debía de tener anotado el teléfono de la hermana de Lola. La mesa estaba atestada de papeles. Levantó un par de carpetas y varias hojas resbalaron y quedaron esparcidas por el suelo. En cuanto cogiera al caradura de Fran se iba a enterar. El día anterior se había marchado antes de tiempo. Tenía que ser más firme con él, si no, se le subiría a las barbas.

Pero entonces lo prioritario era encontrar a Lola. Podría llamarla por teléfono. Antes necesitaba un trago. Tenía la boca estropajosa del tabaco. Abrió con llave el segundo cajón de la mesa. A salvo de ojos indiscretos estaba su botella de Magno con el vaso de chupito que escamoteó del bar de Felipe. Llenó el vaso hasta los bordes y se lo bebió de un trago. Estaba fuerte y le iba a sentar como un tiro a

su estómago vacío, pero le dio ánimos. Para redondear se sirvió un segundo vasito, que bebió más reposado, paladeando el calorcillo del brandi con los ojos entornados.

Le daba miedo llamar a Lola para decirle que su marido estaba muerto, pero tenía que ser él quien lo hiciera. Ya se lo habían llevado al depósito para hacerle la autopsia. *Así no será tan violento*. ¡Qué coño sabría ese pardillo de juez lo que era violento! Lola se había criado en su casa. No era de las que hacían amigos con facilidad: era áspera y orgullosa. Estaba seguro de que hasta que conoció a Teresa no había tenido una amiga de verdad. Y después de que su hija se marchó del pueblo, no había vuelto a tener ninguna. Aún no sabía por qué su Teresa, tan cariñosa y alegre, hizo buenas migas con la arisca y solitaria hija del panadero, pero así fue. Desde el mismo momento en que se sentaron juntas en la escuela, Teresa y Lola se volvieron inseparables. ¡Cuántas noches habrán dormido en la misma cama! Cuchicheaban y se reían hasta que subía él. Entonces se hacía el enfadado y les apagaba la luz. Incluso las amenazaba con dejarlas durmiendo al sereno. Claro que las muy granujas sabían que era mentira y, en cuanto se daba la vuelta, oía sus risas sofocadas debajo de las mantas.

Tendría que avisar también a Teresa. Se levantó y dio unos pocos pasos por su cubil. Le dolía la cabeza y estaba destemplado. Necesitaba meter algo sólido en el cuerpo. Recordó con rubor su actuación ante el cadáver. ¿Qué habría pensado la forense? Un sargento de sus años echando el desayuno como un polilla recién salido de la academia. ¡Menudo espectáculo! Pero es que desde que estaba al frente del puesto lo máximo que había tenido que solventar eran riñas de bar, sobre todo los sábados por la noche cuando a algunos vecinos se les iba la mano con las copas. En eso, como en todo, Cortezuelo era un pueblo corriente. Allí nunca pasaba nada. Miró el reloj que colgaba encima de la puerta y que atrasaba cinco minutos. Eran

casi las tres. Tenía que comer. Tenía que llamar a Fran para organizarse. Tenía que localizar a Lola. Notó una presión en el bajo vientre y unas ganas incontrolables de mear. Ahora no, rogó. Quería quedarse para siempre en ese húmedo despacho, sin salir, sin tener que ver a nadie, sin enfrentarse al dolor de Lola ni al miedo de Inés cuando supieran la noticia. Otro pinchazo. Teresa vendría desde Barcelona a estar con su mejor amiga y pasar ese trance con ella. ¿Y qué iba a contarle él? Otro alfilerazo en la vejiga. Abrió la puerta y echó a correr por el pasillo hasta el baño.

Intentaba concentrarse en el informe preliminar para el juzgado. Lo había redactado Fran antes de salir a por unos bocadillos y un termo de café al bar de enfrente. Presentía que la tarde se alargaría igual que la mañana y por eso le había mandado a por avituallamiento. Escuchó unos golpes suaves en la puerta y una voz conocida le pidió permiso para entrar. Se quitó las gafas y las dejó encima de los papeles antes de levantarse para abrir la puerta.

—Pasa, Paquito, me imagino a lo que vienes.

Paquito Ruiz era solo dos años mayor que él, pero aquel domingo de marzo le pareció un viejo cuando entró en su despacho. Tropezó con una carpeta que aún estaba tirada en el suelo. Perdió el equilibrio y se inclinó hacia un lado antes de que él lo sujetara del brazo.

—Cuidado. Siéntate aquí. —Le condujo hasta una silla sosteniéndole por los hombros y sin dejar de hablar—: Perdona, esto es una leonera. Tu hijo se marchó ayer sin ordenar los papeles y hoy no hemos tenido...

—¿Es verdad lo de Teo?

Demetrio dio la vuelta y se sentó otra vez en su mesa, frente a Paquito, que le miraba con los ojos muy abiertos y que volvió a preguntar ansioso:

—¿Qué ha pasado?

—La forense dice que ha sido un accidente.

—¿De verdad?

—¿Y por qué no?

—Porque Teo llevaba con los cerdos desde crío, ¡si apenas levantaba un palmo y ya seguía a su padre por los corrales! Se manejaba mejor en la granja que en su casa. Fue uno de los primeros socios de la Cooperativa, acuérdate.

—Esta tarde le hacen la autopsia. Si le ocurrió otra cosa, lo sabremos.

Paquito se pasó la mano temblorosa por los labios antes de preguntar en voz baja:

—¿Has hablado con Lola?

—No, debe de estar en casa de su hermana. —Carraspeó y añadió a modo de excusa—: No encuentro el número.

—Yo lo tengo en el móvil, espera.

Paquito tecleó afanoso antes de enseñarle la pantalla con aire de triunfo.

—Este es, ¿dónde te lo apunto?

De la pila de papeles de su derecha eligió una cuartilla suelta. Tenía una mancha de café en el borde.

—Aquí.

—¿Necesitas algo más?

—Sí, que de momento no digas nada. No quiero que se organice un follón.

—Va a ser difícil, a estas alturas lo sabe el pueblo entero. Con el jaleo que habéis montado como para no enterarse.

Paquito se quedó callado unos momentos, después inclinó la cabeza y dijo en un murmullo como para sí mismo:

—Esta muerte tan absurda nos ha caído como un mazo. Todo el mundo conocía a Teo. Y le querían. Le queríamos.

Al oírle se le anudó la garganta y, por hacer algo, sacó el paquete de Ducados, apenas le quedaban un par de cigarrillos. Paquito se puso de pie con esfuerzo, apoyando las manos grandes y nudosas en la mesa.

–Te dejo. Tengo que hacer algunas llamadas y convocar al consejo de socios para esta tarde.

Salió sin volverse, con los hombros caídos y arrastrando los pies. Antes de que cruzara la puerta, alcanzó a pedirle:

–Llama tú a la hermana, por favor.

–Creí que querrías...

–Acompañaré a Lola al depósito. Iré en cuanto me autoricen.

Lo soltó de carrerilla, avergonzado de su cobardía y de que su amigo lo hubiera notado. No levantó la vista hasta que oyó sus pasos vacilantes por el pasillo. Se sintió un miserable por no dar la cara. Igual que con su mujer. También se quitó de en medio cuando Pura más lo necesitaba, cuando el tratamiento contra el cáncer ya no daba resultado y los médicos la desahuciaron. No supo estar a la altura y la dejó sola en lo más duro de la enfermedad.

Releyó junto a Fran el informe preliminar antes de enviárselo al juez. Con un bolígrafo rojo iba señalando algunos cambios. Sobre la mesa del despacho, ya ordenada, había dos vasos de Duralex con restos del café que acababan de tomarse. Unas voces que venían de fuera le hicieron levantar la cabeza y quitarse las gafas. La puerta se abrió de repente y entró en el despacho, casi en tromba, un gigante rubio que identificó con uno de esos feroces vikingos que saqueaban y mataban a placer dejando un rastro de muerte y desolación.

–¿Quién está al mando aquí? –El vikingo manejaba un español claro y sin acento.

–¿Y quién lo pregunta? Está en un cuartel de la Guardia Civil, así que baje la voz.

–Perdona por entrar así, no queríamos molestar –Andrés Valbuena se disculpó y señaló al gigante que seguía plantado delante de él–. Mi compañero Sancho y yo hemos venido en cuanto nos hemos enterado.

Mientras los recién llegados se acercaban a su mesa se puso de pie sin apresurarse y cerró la puerta. Desde allí dijo enfadado:

–Pues ya sabéis lo principal. Ahora toca esperar. –Suavizó el tono para añadir–: Lo siento, Andrés, sé que querías a Teo como a un hijo.

–Tú también.

–Entonces ya imaginarás que no está siendo plato de gusto, para que encima me vengan a dar voces aquí.

–Te pido disculpas otra vez. Sancho es el veterinario que se encargaba de la granja de Teo y su muerte le ha afectado bastante. Por cierto, ¿os conocéis?

Negó con la cabeza. El vikingo ni se molestó en contestar. Su envergadura imponía. El aire del pequeño despacho se cortaba con un cuchillo. Andrés se colocó entre los dos y dijo como si estuvieran en una recepción diplomática:

–Te presento a Sancho, nuestro fichaje estrella. Viene de trabajar con los mejores y es una suerte tenerlo con nosotros. Sancho, estos son mi buen amigo el sargento Demetrio Delgado, jefe del puesto de Cortezuelo, y su ayudante, el cabo Francisco Ruiz.

–Pues ahora que ya nos conocemos todos, si hacéis el favor, tenemos mucho trabajo –agarró el picaporte sin dejar de vigilar al gigante.

–Necesitábamos una cosa más, si no hay inconveniente –dijo Valbuena.

–Tenemos que entrar en la granja sin falta –el vikingo se adelantó, brusco–. Los animales no podrán aguantar mucho más tiempo sin pienso.

–Hasta que el juez lo autorice nadie puede entrar allí.

–Creo que no nos ha entendido, sargento. Los cerdos tienen que comer ya, si no, vamos a tener muchas bajas. ¿Quiere ser el responsable?

–Yo solo soy responsable de lo que me ordena la ley.